

por la calle del Caballero de Gracia ó por la de Peligros. También era ya tarde, y vióse precisado á detenerse frente al Veloz-Club, entre el remolino que allí se iba amontonando, de lujosos trenes que volvían de la Castellana, y humildes simones que pretendían inútilmente cruzar de un lado á otro. Butrón quiso volver atrás, y salir por cualquiera boca-calle á la Carrera de San Jerónimo.

—¡Pero si esto es muy divertido!—decía Currita con infantil alborozo... ¡Qué delicia! . . . Mire V., Butrón; mire V. qué graciosos van todos con sus cintitas encarnadas . . . ¡Uy aquel jorobadito! . . . ¡Qué mono! . . .—¡Ah picare... lleva una bandera en que pide *Reforma!* . . . ¡Pues claro está que la necesita—¡pobrecito!—sobre todo por la espalda! . . . .

Otro carruaje se interpuso en aquel momento, entre la muchedumbre y la berlina, impidiendo la vista á la currita: en él iba el Gobernador civil de Madrid, muy rollizo y pomposo, que se dirigía á Palacio, y veíase torzado también á detenerse.

—Ahí va ese mastodonte,—dijo Butrón al oído de Currita. En cuanto nos vea juntos, se figura que conspiramos.

Estas sencillas palabras del diplomático parecieron despertar en Currita una de esas ideas atrevidas que se conciben de repente, por más que tardan en madurar años enteros. Asomóse á la portezuela como si desease que el Gobernador la viera, y sin contestar al respetuoso saludo que al divisarla éste le hizo,

metióse bruscamente para dentro y se cubrió con el pañuelo parte del rostro, como si quisiera entónces esconderse.

—¡Que mal huele la democracia!—decía para ocultar á Butrón aquellas maniobras. ¡Pero que peste echan! . . . . .

El coche del Gobernador arrancó al fin trabajosamente á lo largo de la calle, y desde aquel momento, nerviosa y agitada Currita, pareció impacientarse mucho por aquella misma detención, que poco antes la había divertido tanto. Frente á frente de élla, un poco más hácia la Puerta del Sol, asomaban por los balcones del Veloz-Club, bajo sus toldillos de verano, aristocráticos racimos de cabezas de gomosos desocupados, que miraban el democrático desfile, con esa especie de medrosa curiosidad, burlona á la vez que tímida, con que se contemplan desde lo alto de un tendido los terribles retozos de una piara de ridículas bestias feroces: parecían imposible en aquel momento, que la bestia pudiera alguna vez alzar su zarpa hasta ellos. La vista de aquellos elegantes espectadores acabó de impacientar á Currita, y de tal modo se enardeció ante ellos el afán de exhibirse y singularizarse, que tiró del cordoncillo hasta descoyuntar el dedo del cochero, y sacó la cabeza por la ventanilla gritando:

—*¡Go on, Tom, go on! ¡Run through!... ¡Carry them off!* . . . . (1)

[1] ¡Adelante, Tom, adelante, . . . ¡Atraviesa! . . . ¡Arróllalos! . . . .

Tom no se hizo repetir la orden: sacó el hercúleo pecho tirando de las riendas, con el esfuerzo de aquellos antiguos aurigas esculpidos por Fidias en los frontones del Parthenon, de pié sobre un carro, deteniendo con una mano el galope de cuatro caballos. Piafaron los suyos encabritándose, castigóles él suavemente con la fusta, y aflojando de repente las bridas, los lanzó con la velocidad y el empuje de una flecha á través de la turba democrática, desapareciendo como un relámpago por la calle de Peligros.

Un alarido terrible de terror y de ira salió de la muchedumbre, que se bamboleó á uno y otro lado del surco abierto por el coche: comenzó la gente á correr asustada; los gomosos del Veloz-Club se metieron para dentro, cerrando prontamente sus balcones, y el jorobado que pedía *Reforma*, estuvo á pique de sufrirla por completo, entre los piés de los caballos y las ruedas de la berlina.

Mientras tanto, asombrado Butrón de aquel brusco arranque, y muerto de susto ante audacia tan temeraria, echaba á toda prisa las cortinillas para que no le viesen, y Currita, riendo como una loca, se asomaba por el vidrio de la trasera, para ver á los transeuntes refugiarse asustados en los portales, y á los guardias públicos correr detrás de la berlina, haciendo señas de que parasen. Mas Tom Sickles, arrebatada la cara de remolacha, hacía terribles visajes como si llevase los caballos desbocados, mientras con suaves vibraciones

de las riendas, más y más los azuzaba. En la calle de Isabel la Católica, Tom Sickles hizo otro prodigio: coche y caballos quedaron parados en firme, de un golpe, ante la embajada alemana. La señora estaba servida, mereciendo él la corona triunfal de los Juegos Hípicos.

Currita encontró enfilados á la puerta de su casa tres coches, reconociendo al punto en uno de los cocheros la escarapela encarnada, propia de los Ministros. Apeóse entónces en las mismas caballerizas, y por una escalera reservada para el uso de la servidumbre, llegó á sus habitaciones sin ser vista de nadie. Al ruido de la campanilla, acudió Kate, la doncella inglesa de la señora.

—¿Quién está con el señor?—preguntó ésta.

—El Sr. Ministro de la Gobernación.....El Sr. Duque de Bringas y D. Juan Velarde, juegan en el billar.

—Dile á D. Joselito, que no recibo á nadie. ...Tengo mucha jaqueca.

Kate pareció titubear un momento, y se decidió al fin á decir tímidamente:

—¿Ni tampoco á D. Juan Velarde? ..

—Tampoco: á nadie, á nadie....

De nuevo volvió á insinuar Kate con mucha delicadeza:

—El señorito volverá hoy del colegio....

—¡Es verdad!...—¡Pobre Paquito!....

—Y querrá ver á la señora....

No, no...que se entretenga con Lili...Mañana lo veré...¡Tengo una jaqueca horrible!